



Pedro García

VILLENA, 1 Septiembre 1908



LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA

ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre	0'30 pesetas
Fuera	0'45 »
Número suelto	0'05 »

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal número 12

¡JUSTICIA!

I

Bilbao 15 Julio 1908.—SRA. D.^a AMALIA DOMINGO SOLER.—
 BARCELONA.—Muy Sra. mia y querida hermana: Por primera vez, me permito dirigirme á V. cuya libertad le ruego me dispense, pues el afán que tengo de ver en todo la infinita justicia de Dios y creyendo que en la mayoría de los sucesos que ocurren en este mundo tan imperfecto, podemos encontrar los espiritistas deseosos de aprender, lecciones que nos pueden dar mucha luz para el progreso de nuestro espíritu, me animo á molestarla remitiéndole el adjunto recorte de un periódico de esta localidad, porque entreveo en dicho suceso una historia que puede enseñarnos mucho.—A V. querida hermana, que es la que puede aclararnos estas cosas por medio de los elevados espíritus que la asisten, nos dirigimos ansiosos de saber.—No desdeñe V. nuestras súplicas, queridísima hermana, pues la luz que V. nos manda por medio de las elevadas comunicaciones que obtiene, nos alumbró mucho y nos incita mucho al mejoramiento.—Por esto, yo le suplico pida á sus guías le digan, si Dios lo permite, la historia de estos tres seres, porque yo veo en ello una buena lección para el que desee aprovecharla.—Súfranos, querida hermana, con paciencia, segura de que nuestro Padre que es tan bueno, le dará fuerzas para ello y le premiará por los sacrificios que haga para ilustrarnos.—Dichosa V. á quien Dios dá luces para alumbrarnos.—Dispéñeme etc...—BENEDICTO SALAZAR.

DESGRACIADÍSIMO SUCESO

PARRICIDIO INVOLUNTARIO

«Esta mañana el celador de arbitrios municipales, Luis Osoro Guisasola, llegó del servicio á su domicilio, sito en el piso segundo izquierda, de la casa número 24, de Artecalle.

«Poco después llegó un compañero del citado Osoro llamado Santiago Jimenez y los dos, en compañía de la mujer del primero, llamada Julia Sagarduy Orús, de 31 años y natural de Galdácano, pusieron á tratar acerca de las condiciones en que el Santiago se quedaría de huésped en casa de Osoro.

«Hablando, recayó la conversación sobre el armamento de los celadores y se pusieron á examinar los revolvers, desarmando el suyo Luis Osoro.

«Al armarlo nuevamente y sin duda debido á haber ejercido presión sobre el gatillo, sin darse cuenta de que se hallaba cargado, se disparó, yendo el proyectil á herir á Julia Sagarduy, en el pecho, cayendo ésta al suelo sin sentido.

«Trasladada al Hospital, se le apreció una herida, sin orificio de salida, en el séptimo espacio intercostal, á causa de la cual dejó de existir poco después, en el referido establecimiento benéfico.

«El autor involuntario de la muerte de su mujer, fué detenido, así como su compañero Santiago.

«Ambos detenidos han coincidido en sus declaraciones, referentes al modo como ocurrió la desgracia.

«En el Santo Hospital civil se personó el Juzgado, practicando las diligencias del caso.

II

Continuamente recibo cartas muy parecidas á la que he copiado anteriormente, y como mi deseo y mi único objetivo en los últimos años de mi actual existencia, no son otros que ser útil á la humanidad, aunque sé que hay algunos que no están contentos ni conformes con los relatos que doy á la prensa de las comunicaciones que recibo; reflexiono y digo: Si el que me escribe está sediento de *luz y verdad* y en mi mano está calmar su sed, justo es que atienda al que pide y no me ocupe del que me critica, recordando lo que decía Zapata:

¿Que recibes un golpe por minuto?

¿Que á todo trance buscan tu fracaso?

¿Que ya cansado estás? ¡No lo disputo!

Mas oye, amigo, este refrán al paso:

«¡Se apedrean las plantas que dan fruto!

¿Quién del árbol estéril hace caso?»

Mis escritos dan fruto para los afligidos, para los *vencidos* en el rudo combate de la vida, ¿cómo negarle el pan al que está hambriento? Como yo sé por experiencia lo que se sufre cuando falta el pan del cuerpo y el pan del alma, doy de este último, ya que tan generosamente me lo dan los espíritus, pregunté sobre lo ocurrido últimamente en Bilbao y obtuve la siguiente comunicación:

III

«Hacéis bien en preguntar, porque no hay historia que no tenga su prólogo y ese accidente desgraciado también lo tiene.

«Esos tres seres, en su encarnación anterior, los tres pertenecieron al sexo fuerte; eran nobles opulentos, de arrogante figura y los tres estaban unidos por un afecto profundo: donde iba el uno iban los otros dos y viceversa, así es, que los tres á la vez se fijaron en una mujer muy hermosa, pretendiendo su amor. Ella coqueteaba con los tres, y la mujer que hoy ha muerto, dijo á sus amigos: —Juguemos á cartas vistas; los tres queremos á esa mujer; el que se case con ella será el blanco de los odios de los otros dos y habrá duelos ó asechanzas ocultas que darán por resultado un crimen. Yo propongo que esa mujer muera y no siendo para ninguno de los tres, evitaremos dobles conflictos; no es mujer que vale mucho porque juega con los tres; tenemos oro suficiente para pagar al asesino que nos quite ese estorbo del camino. ¿Acceptais? —Acceptamos,—dijeron sus compañeros; y á la mujer objeto de triples deseos, la encontraron asesinada á la puerta de un templo. Los asesinos no fueron encontrados y los tres amigos, horrorizados después de su obra inficua, escondieron en un convento sus remordimientos; fueron frailes mendicantes, siendo un modelo de humildad y obediencia. Los tres volvieron á la tierra con pocos años de diferencia, y la mujer de hoy, que fué el que ayer propuso el asesinato de la joven que los tres deseaban, vino con el firme propósito de morir á manos de uno de sus compañeros que aprobaron su criminal proceder. Hé aquí el origen de tan lamentable suceso. La justicia es la ley de todos los tiempos; cuando los hombres sepan leer en el gran libro del pasado, los jueces de la tierra se cruzarán de brazos y dirán:—¡La justicia está hecha! ¡Sobran los jueces y los ejecutores!

Adios.

IV

Tiene razón el espíritu. Cuando sepamos lo que hemos sido, ¡de qué distinta manera obraremos!

¡Cuántas vanidades caerán desde su alto pedestal! ¡Cuántos sabios se verán pequeños!

¡Cuántos que se creían justos, se conceptuarán criminales!

¡Bendito sea el estudio del Espiritismo; él dá vista á los ciegos y dá oído á los sordos; él es el libertador de los pueblos oprimidos!

Amalia Domingo Soler

DIÁLOGOS ESPIRITISTAS

EL CULTO DE LAS IMÁGENES

—Siempre que llegan los presentes días de fiestas, con su entusiasmo desbordante por la Patrona de nuestro pueblo y con las expansiones rutinarias é inconscientes, propias de casos tales, mi espíritu medita y se entristece al penetrar el fondo de estas ruidosas manifestaciones colectivas. ¡Cuánta ignorancia, cuánta niñería; qué modo tan lastimoso de perder el tiempo!

—No veo la causa de tus pesares. Estudio la psicología de esas diversiones, y contemplo á todo un pueblo latiendo al impulso de ardiente fe religiosa, deseoso de expansionar su ánimo con el regocijo prodigado y fraternalmente compartido...

—Ahí está el error ocasionado por una observación superficial. ¡Llamar fé al más perjudicial de los fanatismos, á la intransigencia religiosa de unos pobres creyentes que viven mentalmente entre las ingenuas paparruchas de los tiempos de Arbués y Torquemada! ¡Considerar fraternales á las expansiones públicas en donde la caridad mal entendida constituye un vistoso número del programa de festejos!

¡Vamos, hombre; permite que sonría al mirar tu encantadora sencillez!

—Entonces, no sé lo que tu pedirás á una población española, dentro de las imperfecciones y miserias que minan todavía la actual civilización!

—No es que yo exija imposibles, ni deje de hacerme cargo de las circunstancias; pero una cosa es explicarse el modo de obrar de ciertas gentes y otra diferente acatar con calma su presente conducta, justificando sus errores y casi atizando el rescoldo de sus rancias preocupaciones.

¿Te parece poco ridículo que en pleno siglo XX; cuando el racionalismo analítico y experimental ha conseguido barrenar, en todos los órdenes, el edificio dogmático de la fe ciega, hombres ilustrados y sensatos tomen en serio el culto fetichista de las imágenes, adorando con vista encandilada determinadas esculturas refinadas con el arte, con la lógica histórica y hasta con el respeto debido á las personalidades auténticas que quieren representar? Un absurdo semejante, sólo se concibe entre pueblos incultos, anti-religiosos ó hipócritas refinados.

—De todo hay en la vida, amigo mío; mas no vayas tan de prisa, que quizá nos entendamos razonando con la necesaria tranquilidad de espíritu.

Ese irreflexivo fanatismo de las muchedumbres ineducadas; esa

especie de contagio nervioso experimentado por el pueblo cuando ve aparecer la suspirada imagen de sus amores, es instintiva, ciega y por tanto, perjudicial para el progreso intelectual y moral de nuestras poblaciones. Pero si analizamos el gérmen de esas espontáneas manifestaciones de entusiasmo, hallaremos un fundamento sólido y hermoso nacido de la misma naturaleza de los hombres y de las cosas.

Todos, en el mundo, aunque pese á los excépticos, necesitamos creer en algo, prestar el innato asentimiento de nuestra fe á cualquier idea más ó menos gráfica ó representativa. Y si tienes en cuenta que ese culto idolátrico de la Religión católica hace vibrar en las multitudes el mágico resorte del sentimiento, hiriendo con pérfida intención el sensible cordaje del corazón femenino; si añades á todo esto la estudiada habilidad de sus sacerdotes para embaucar á la gente ignorante con retóricas, avalatorios y teatral magnificencia, podrás comprender la repetición continuada de aquel espectáculo conmovedor y pintoresco que tantas veces hemos podido presenciar.

—¡Y tanto que me lo explico! Por lo mismo comprendo que todo es respetable, y cada cual expresa sus sentimientos del modo que mejor cuadra á su estado mental; pero me indigna contemplar á muchos librepensadores y á bastantes espiritistas, formando parte de esas multitudes impresionables y hasta haciendo coro á los vítores y aclamaciones que dirijen al ídolo sus fanáticos admiradores.

—Pues nunca debió extrañarte esa aparente inconsecuencia. En todas las esferas existe lo verdadero y lo ilegítimo; y así como hay monedas que circulan en el comercio por su aspecto legal, andan por esos mundos muchos racionalistas que, afirmando su aversión á la rutina, sienten muy de cerca la influencia de su esclavitud espiritual y abandonan sus poco arraigadas convicciones al menor empuje de lo irreflexivo é inconsciente.

No progresan á saltos los espíritus. Somos tan inclinados á lo antiguo; nos sugestiona tanto la fuerza avasalladora de la tradición, con sus melancolias y recuerdos, que con dificultad pueden sustraerse á su inflajo los desgraciados seres que tu censuras justamente.

—Alguna vez habíamos de comenzar á ser sinceros diciendo la verdad con valentía.

Hemos de hacer ver con claridad á todos los ignorantes que aún creen en los milagros y en el poder de las imágenes, que sus prácticas son ridículas, inútiles y perjudiciales, porque estacionan su alma en el camino de su regeneración y cierran su vista para que ésta no perciba la escandalosa explotación de que son objeto por parte de los vividores religiosos.

Demostrar á las turbas engañadas que para ser creyentes, para

llegar á Dios, á la Causa de las causas, nadie necesita de «introducción de embajadores», pudiendo adorarle directamente, «en espíritu y en verdad», del único modo que puede llevarlo á efecto la débil criatura humana:

Amorando á Dios en todas las cosas, como dice el mandamiento; admirando su poder soberano y su infinita sabiduría, en los variados matices de una flor y en la perfecta organización de un insecto; en el maravilloso espectáculo de una noche estrellada y en la insaciable aspiración de las ansias humanas.

En fin, vislumbrando su existencia en la visión contemplativa de la grandiosa obra del Universo sin límites; pero nunca postrándose de hinojos ante una figura grotesca y mal trazada, capaz de ahuyentar la santa fe en el alma más condescendiente y tolerante.

Spero

LA TOLERANCIA

La Tolerancia es preconizada por todas las escuelas filosóficas, pero raramente es llevada á la práctica por los mismos que la encomian y aconsejan. Así vemos, que en las religiones dogmáticas, generalmente exclusivistas, y por tanto, refractarias á todo progreso, sus adeptos no soportan contradicción, ni aún la discusión de su credo. Convencida cada una de poseer ella sola la verdad completa, trata de poner trabas á las otras, ó impulsadas por el fanatismo, (de buena fé casi siempre), quiere exterminar las extrañas y pone en juego todos los medios que puedan darle el resultado apetecido.

De esa falta de tolerancia han nacido los antagonismos religiosos, obstáculos para la unión de los pueblos y la fraternidad de los individuos é insuperable barrera para el amor y la armonía universal.

Sabiendo, como sabemos, que cada sér da en un momento determinado el fruto adecuado á su estado moral é intelectual (no pudiendo dar otro sino ése) y no siendo dicho estado el mismo para todos, ¿cómo exigir que vemos las cosas del mismo modo? Además, ¿quién puede jactarse de tener más razón que los otros, siendo así que esa sola presunción, señal de orgullo, bastaría para probar el atraso del que así pensára?

En el terreno del pensamiento, la tolerancia debe ser virtud dominante; es prueba de humildad en quien la tiene y de equilibrio en la doctrina que la practica y sustenta; aconsejanla la bondad, la justicia, la sana razón y la solidaridad fraternal. Desgraciadamente tiene en su contra las religiones doctrinarias, que basadas, como ya hemos dicho, en un dogmatismo absoluto, pe-

trificadas en un credo intangible, rechazan todo adelanto y son por consiguiente, rémora del progreso en todos los órdenes, habiendo causado muchas veces dolorosas conmociones, crueles guerras y espantosas injusticias.

La tolerancia mútua nos hará descubrir, cada día más, puntos de afinidad entre las teorías espiritualistas y llegar así á una creencia harmónica que satisfaga á los más, sintetizando en una comunión de amor las aspiraciones de todos.

Merced á ella surgirá una creencia más universal, más pura, más perfecta y, por lo tanto, más elevada, que nos llevará hácia la *Humanidad. Una.*

Y cuando luzca para todos de igual modo la Verdad eterna, reinará la solidaridad en los corazones y brillará esplendente la Armonía Divina.

No por lejana que nos parezca la realización de estas ansiadas perspectivas y largo el camino que á ellas nos lleve, hemos de renunciar á unir nuestros esfuerzos á los de aquellos que trabajan en la obra inmensa de la fraternidad humana.

Anhelamos la luz, la posesión de la Verdad. ¿Pero qué importa que nos venga por un camino ó por otro, con tal que nos llegue?

¿No tiene cada cual su especial modo de ser, su individualidad propia y, por consiguiente, su manera de pensar, *necesaria y lógica*, derivada de su estado peculiar en moralidad ó inteligencia? ¿No raciocina forzosamente en concordancia con dicho estado? Si no podemos igualarnos á espíritus que nos son superiores, ¿por qué exigimos de nuestros inferiores que nos igualen? ¿No hay diversidad de criterio (manifestado ó oculto) aun entre los que comulgan en un mismo credo? Dejémos pues á cada uno la libertad de pensar, juzgar y escoger los principios y creencias que más cuadren á su conciencia, que ésta es la justa medida del deber individual. No pidamos á nuestros hermanos más de lo que Dios mismo nos pide. Recordemos al Salvador y preguntémosnos si somos tan puros que podámos tirar la piedra. Las convicciones basadas en la buena fé, no deben ser atropelladas jamás. Sometido á la ley del progreso, todo vive, cambia y se perfecciona con el tiempo y por la fuerza de las cosas; y por diversas que nos parezcan las diferentes creencias, hay entre ellas muchos puntos de contacto que irán haciéndose cada vez más visibles, facilitándose así su aproximación y su unión gradual, precursora de la fusión definitiva. Del mismo modo que cada rayo del sol nos trae una parcela de luz, así cada filosofía, cada religión, nos brinda los que contiene de la absoluta verdad. La tolerancia recíproca es el camino seguro para llegar á la síntesis de todas las creencias que tienen por base común y esencial la afirmación de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. Todas las convicciones sinceras que tienen ese fundamento son hermanas, puesto que emanan de

la misma fuente y tienden al mismo fin. La diferencia de los medios empleados para lograr éste, no altera en nada su mérito respectivo.

Siendo, como somos, solidarios, debemos evolucionar hácia la armonía universal coronada por el amor; y sólo la aceptación de un gran pensamiento unitario, de una filosofía irrefutablemente demostrada, podrá unirnos y orientarnos hácia Dios, *Unidad Suprema*. Busquémosle por uno ú otro camino; seguros estamos de encontrarle, porque El tiene siempre abiertos sus brazos para estrechar en ellos á todas sus criaturas. Queremos, como prueba de la tésis que sostenemos, someter al recto juicio de nuestros hermanos las siguientes frases pronunciadas por la ilustre teosofista Annie Besant, y preguntarles si hay alguno que les rehusara su aceptación. Hay que aprender lo que se llama *Uparati*, es decir: la tolerancia perfecta, una de las virtudes más escasas y más difíciles de conseguir. No se trata de la tolerancia religiosa que no permite encarcelar ni violentar á nadie; sino de esa tolerancia que considera á cada hombre según su estado de evolución del momento y no exige de él cualidades que correspondan á un grado superior.

Poseídos de este espíritu de tolerancia, podemos mirar al criminal, compasivamente, diciéndole: Sois mi hermano, aunque más joven y más ignorante que yo; estáis aprendiendo lecciones que aprendí yo siglos há. No exijo de vos las cualidades de un santo, ni las de un héroe, ni siquiera las de un hombre de seriedad respetable. Puedo ayudaros á desarrollar más prontamente vuestro adelanto moral; no siento hácia vos odio ni repulsión; os acepto tal como sois, verbo de Dios vivo, balbuceado por una voz infantil.....»

Esta es la tolerancia; la que comprende la necesidad que tiene cada hombre de aprender tal ó cual lección en un momento dado, porque sabiéndose, será mejor que lo que es actualmente.

Hay que tener por guía ese pensamiento divino, esa tolerancia, que no pide al hombre más que lo que pide Dios mismo; es decir, una gradual y lenta evolución.

En eso consiste la tolerancia; en aceptar lo que una criatura humana puede dar, sin exigir más de ella. No pidáis, por ejemplo, á una mujer frívola, la sabiduría que sólo es propia de una gran alma; ella también tiene experiencias por que pasar, y no lo hará más pronto ni mejor, si los más adelantados en la evolución la menosprecian. No pidáis á nadie sino lo que pueda dar en su punto actual de desarrollo. Sed tan indulgentes con los otros como severos para con vosotros mismos. Exigid de vosotros todo cuánto podáis hacer; á los otros, solamente lo que puedan. Pedidles buena voluntad. Eso es lo que entendemos por «tolerancia.»

Lucía de Calderón